

Riccardo Campa

El ideario latinoamericano del siglo XX

La revolución cultural promovida por los próceres de la independencia latinoamericana (Juan Bautista Alberdi, Domingo Faustino Sarmiento, Andrés Bello, Simón Rodríguez, Simón Bolívar) en las varias regiones lingüísticas del subcontinente, tiene como objetivo lograr el rigor expresivo, que permita la interacción científica (y tecnológica). El género literario propiciado por el movimiento modernista es el ensayo, en substitución de la crónica y del diario. La intención es objetivar la exploración de la realidad y de la experiencia para permitirle el beneficio de la traducción, según la preceptiva neorromántica de madame de Staël. La búsqueda de un código expresivo, que salvaguarde las tradiciones cognoscitivas, propias de las culturas precolombinas, y las innovaciones introducidas por el castellano como la lengua vehicular, está orientada hacia la realización de aquel "alineamiento" cultural del universo latinoamericano con los otros hemisferios del saber moderno.

Se ha observado [sostiene Salvador E. Morales Pérez] que durante el proceso de independencia y dentro de una línea utopista tributaria de ideólogos franceses como el cura Mesliez, Morelly y Babeuf, impresionaron el pensamiento del canónigo Francisco Severo Maldonado, hombre de entre siglos (1775-1823), quien fundó el periódico patriótico *Despertador Americano* y el realista *Telégrafo de Guadalajara* y al cual se le debe un escrito de consideración en la cuestión abordada: El triunfo de la especie humana (González Casanova, 1953)¹.

El periodismo desarrolla una función, por así decir, remisiva, en el sentido de que difunde las noticias sobre las innovaciones científicas y tecnológicas alimentando la curiosidad por la terminología en relación con la lógica experimental. El ensayo y el artículo introducen en la adquisición del conocimiento corriente un léxico que retoma las problemáticas de la evolución conceptual moderna.

La razón [énfatiza Alejandro Serrano Caldera] dejó de ser una cualidad y un instrumento mediante el cual se normaba la conducta y se organizaba la acción humana, para devenir el nuevo Dios, la categoría absoluta, omnipresente y omnisciente con la que se inicia la modernidad².

Leopoldo Zea encuentra en los ensayos científicos los nexos conceptuales necesarios para permitir a la dialéctica política substraerse a la retórica tradicional para mantenerse fiel a la lógica de la consecuencia y de la gratificación.

El cambio de las categorías sociopolíticas acompaña al cambio en las ideas filosóficas, políticas y estéticas mediante un proceso de influencias recíprocas. De la Colonia se pasa a la Independencia y al nacimiento del estado-nación y de la era republicana³.

La sagacidad con que los reformadores sociales latinoamericanos buscan relacionar al Nuevo Mundo con el Occidente consiste en problematizar las causas y las

¹ Salvador E. Morales Pérez, "Ideales obreros y socialistas ante los procesos de industrialización y sus efectos en la historia intelectual de América Latina", en Arturo Andrés Roig, *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*, Madrid, Trotta, 2000, p. 219.

² Alejandro Serrano Caldera, "Las últimas etapas de la Ilustración y el despertar y desarrollo del Romanticismo", en Arturo Andrés Roig, *op. cit.*, p. 240.

³ *Ibidem*, p. 252.

características. La peculiaridad del pensamiento moderno latinoamericano reverbera en los movimientos políticos que movilizan las masas según las directivas de un aparato productivo que implica una serie de conocimientos correlativos con tipologías de comportamientos inéditos en las sociedades agrarias y tradicionales.

El socialismo es así [escribe Zea] para los hispanoamericanos, la expresión de un afán más bien moralista que social. De la escuela sansimoniana adoptan su interés por el liberalismo económico y el industrialismo como medios para acabar con la miseria de estos pueblos⁴.

La miseria, por otra parte, es considerada una herencia del antiguo régimen y no una consecuencia de ilícitas discriminaciones sociales e inicua repartición de la riqueza. Las organizaciones obreras se perfilan con una mordaz reivindicación distinta a la de las organizaciones campesinas, de inspiración pietista. La urbanización se perfila como una época de innovación y rescate social y se hace cargo de todas las contradicciones que del campo se proyectan hacia las periferias de las metrópolis.

El Romanticismo latinoamericano exalta la marginación física, así como el Romanticismo alemán (Herder, Hegel) exalta la inconmensurabilidad temporal. La estrategia predicadora de los próceres latinoamericanos se apoya en la evocación del pasado remoto para sugestionar a los ejecutores testamentarios de las poblaciones precolombinas, casi un holocausto a la feroz intransigencia del conquistador, aparentemente timorato de Dios y de sus preceptos. El rescate de las poblaciones latinoamericanas se identifica con la ruptura del cordón umbilical que las unía con las metrópolis ibéricas en nombre de una autonomía, que románticamente se refiere a los mitos y a las religiones panteístas del pasado: los mestizos, los criollos, los mulatos reivindican su autonomía en nombre de las grandezas pasadas, vividas por las comunidades casi todas desaparecidas y cuyos vestigios son traducidos en la cantante atmósfera independentista y revolucionaria. Alberdi y Sarmiento ponen el acento en la civilización, considerada como autoengaño – como afirma atinadamente Zea – para evitar que se instaure una nueva colonización por obra de los mismos (involuntarios) colonizados.

La falta de una recepción dialéctica del pasado ha sido el mayor obstáculo para el desarrollo integral de Iberoamérica. Las posiciones que no se liberan del pasado y las que lo ignoran nos colocan en una dicotomía extrema que entorpece e impide la solución de los problemas históricos y filosóficos fundamentales de Iberoamérica. Ni prisioneros del pasado ni cercenadores del pasado. Al pasado no se le suprime; se le supera⁵.

La ética de la alteridad se identifica con el "pacto de civilización" formulado por Carlos Fuentes, como idea guía del área policultural americana, tanto respecto de las culturas precolombinas, como de las culturas que inmigran desde comienzos del siglo XVI hasta la actualidad.

⁴ Leopoldo Zea, *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica. Del Romanticismo al Positivismo*, México, El Colegio de México, 1949, p. 40.

⁵ Alejandro Serrano Caldera, "Las últimas etapas de la Ilustración y el despertar y desarrollo del Romanticismo", en Arturo Andrés Roig, *op. cit.*, p. 257.

El ideario ecléctico, que en la segunda mitad del siglo XIX comprende las regiones del Río de la Plata, Brasil, Bolivia, Colombia, se configura como la síntesis del empirismo escocés y del positivismo (teológico) francés. Esta corriente de pensamiento secunda tanto la exigencia de regenerar la praxis – la experiencia común como fundamento de la participación democrática – como la ambición de perpetuar en forma enmascarada el dogmatismo ibérico – como modelo conceptual para fundamentar la ley de las circunstancias que caracteriza la historia americana. La personalidad más representativa del eclecticismo, inspiradora de la obra de Victor Cousin, es Francisco José de Carvalho (1784-1855), conocido en Brasil como Mont'Alverne quien junto a otros propagadores de las instancias francesas, in primis con Antônio Pedro de Figueiredo, propone conciliar, desde un punto de vista liberal, el cristianismo con las conquistas humanas y materiales. La conciliación de lo espiritual con lo sensual es la meta de Victoriano San Román, autor del volumen *Elementos de filosofía moderna*, publicado en Bolivia en 1873. También Manuel Ancizar, fundador en Bogotá del periódico *El Neogranadino* en 1848, se compromete en una obra que armoniza el conservadurismo y el liberalismo, la tradición y el cambio:

*Por otra parte [escribe Hugo E. Biagini], exhorta al clero para que se involucre en los intereses temporales y en la organización republicana, para que produzca una suerte de sacerdote-civilizador 'que cese de declamar contra la corrupción del siglo, contra el lujo y las riquezas, contra la tendencia irresistible de los espíritus hacia la ilustración, la tolerancia y el libre pensar' (citado por Salazar Ramos, 1992, p. 257)*⁶.

La conciliación de los opuestos (por lo menos bajo el perfil ideológico) es para los eclécticos una virtud social necesaria, capaz de propiciar la alternancia política sin agravar en la precaria sociedad civil los traumas originados por las contraposiciones intransigentes del pasado.

La preocupación por un desarrollo ordenado de la sociedad se expresa en el Krausismo, un movimiento que en España tampoco logra producir los efectos conciliadores entre progresistas y agnósticos, necesarios para evitar las revoluciones globales del socialismo radical y, por otra parte, del quietismo ultramundano de Donoso Cortés y el irracionalismo de Bonald y de Maistre.

Más allá de que también fue utilizado para obstaculizar la ascesis socialista y la dinámica científica, el Krausismo desempeñó por momentos un papel igualitario, al propugnar en sus mejores facetas una plataforma solidaria, con sufragio universal obligatorio para ambos sexos y, ocasionalmente, el derecho a la revolución. En tal sentido, los krausistas pueden simbolizar un descuido precedente para la construcción del Estado benefactor como alternativa a una acumulación irrestricta y a un reconocimiento menos abrupto de los derechos humanos⁷.

El racionalismo armónico de Krause reverbera en el Curso de derecho natural de Enrique Ahrens, preeminente en la bibliografía jurídica y en la pedagogía latinoamericana de la segunda mitad del siglo XIX. El Krausismo propone contener las manifestaciones extremistas del positivismo y del materialismo, considerándolas dos

⁶ Hugo E. Biagini, "Espiritualismo y positivismo", en Arturo Andrés Roig, *op. cit.*, p. 322.

⁷ *Ibidem*, p. 323.

corrientes de pensamiento implantadas en el racionalismo, de alguna manera extraño a la especulación latinoamericana. En América Latina el Krausismo no produce efectos relevantes a causa de la exégesis interpretativa de sus sostenedores: considerar que la justicia social y el bienestar son formas alternativas producidas por la Revolución Industrial significa sacrificar toda tentativa de modernización del pensamiento para dar lugar a los cánones (restrictivos y absolutos) de la "serenidad", de la sabiduría extemporánea.

Con la nueva mística del progreso – fenómeno teórico y extra teórico a la vez – se aguardaba que, mediante reformas socioculturales y, sobre todo, por implementaciones tecnológicas, se terminara barriendo para siempre con los males de la humanidad⁸.

La industrialización se perfila como un sistema para aprovechar las nuevas energías creativas, capaces de asegurar los recursos necesarios para satisfacer las necesidades primarias del género humano y promover gradualmente el bienestar indiferenciado. La industrialización también preludia lo innecesario, lo superfluo, poniendo en relación esta tendencia humana con la sagrada inutilidad del arte, con el placer estético y con una tendencia, recurrente en la filosofía occidental, a querer encontrar en la gratificación estética el significado (o el sentido) último de la existencia.

A comienzos del siglo XX, las estructuras metálicas de las Exposiciones universales (París, Londres) se agregan a las tempestades de acero de Ernst Jünger. La filosofía de la perfectibilidad humana entra en contacto con la doctrina de la competitividad, el riesgo, la selección y la supervivencia. Para las generaciones del siglo XX, la mecánica se configura como una iniciación al arte del artificio, de la prótesis; arte considerado como de transición entre lo inorgánico y lo orgánico, entre las energías silenciosas y las impulsoras del universo. La máquina es el símbolo de la equidad, de la defensa de la opresión. Ella esconde las características de sus animadores, empeñados en privilegiar el bienestar respecto de la íntima satisfacción. La incredulidad religiosa y ética es substituida por la aprensión estadística, por la previsión como estadio conmemorativo de la premonición. El ideal abstracto es menos perfecto de lo que el Renacimiento italiano ha asegurado en términos platónicos. Las categorías del conocimiento se identifican cada vez más con las de la representación, que de hecho se manifiestan en su (incesante) perfectibilidad. Antes de que la crítica marxista se oriente hacia la ética industrial, Simón Rodríguez reconoce en la máquina un poderoso instrumento de producción del bienestar, pero contextualmente le preocupa la tendencia a considerar al hombre un instrumento al servicio de la producción (anticipando la alienación y el fetichismo-cosificador del materialismo histórico). El positivismo se afirma como un talante prometeico, una mutación histórica. Ante sus exégetas y sostenedores se presenta no tanto como una concertación conceptual sino como una revelación (gobernada rigurosamente por la razón). El principio de la autosuficiencia sostenido por Herbert Spencer es despiadado: según la selección natural, toda criatura que sea incapaz de enfrentar los rigores de la existencia está destinada a perecer. Respecto del hombre civilizado, el aborigen – según

⁸ Ibidem, p. 325.

González Strada – tiene recursos que, mediante el ejercicio mecánico, pueden ser recuperados para la empresa. Algo parecido se verifica en el mundo contemporáneo: en una región africana los aborígenes se apropian rápidamente de las normas mediáticas y se convierten en productores de computadoras, con amplio y apreciado régimen de perfección. La discriminación étnica no forma parte de los postulados degradantes del pensamiento humano. Al contrario, para las doctrinas positivistas, la salvaguarda del género humano no está exenta de las turbaciones, moralmente repetentes, que afligen a las otras especies vivientes.

Grossomodo y más allá de algunas excepciones sugeridas en el texto, tanto el positivismo como las principales variantes espiritualistas del siglo XIX cumplieron una doble y ambigua funcionalidad en los diversos momentos y contextos sociopolíticos de Latinoamérica: por una parte, de oposición a los resabios feudales, terratenientes y clericales; por otra, de enfrentamiento con los sectores populares y democráticos en ascenso⁹.

El libre intercambio de las élites tiende a aceptar las reglas casi calvinistas del positivismo imperante, porque cumplen una función selectiva distinta de la comunitaria o social. El hecho de que el maquinismo industrial ilusione temporalmente a las masas vociferantes demuestra que es un movimiento de energías indiferenciadas, interclasistas. La máquina (la locomotora) es el emblema del movimiento (Lenin inaugura la Revolución Soviética con la metáfora de un viaje a bordo de un convoy que se desplaza a gran velocidad), el símbolo de una época cuya insignia es el rescate universal.

Pero esta imagen del progreso vuelve perentorio el debate sobre la modalidad más adecuada para enfrentarlo. Las doctrinas que se disputan la titularidad son el liberalismo, el conservadurismo y el socialismo, las tres son condicionadas por las vanguardias como movimientos ideológicos que interpretan los ánimos de las masas y tienden a lo perentorio de sus estatutos cognoscitivos, si bien se presentan conciliadoras al plantear dilemas. Paradójicamente, mientras que el tenor de las elecciones políticas se deduce de las circunstancias, la movilización ideal es tratada por las corrientes artísticas, mistericas. Entre éstas, la más cotizada y atractiva es el futurismo, el movimiento que exalta la máquina, la fragua y la velocidad. Los slogans, con los que el futurismo de Filippo Tommaso Marinetti fascina y sugestiona a la Europa de comienzos del siglo XX se refieren a la sintaxis de la expresión, al culto de las memorias, a las tradiciones. El rechazo del claro de luna, las palabras en libertad y la demolición de los museos son las fórmulas con que se decreta el fin de una época crepuscular y se inaugura otra acompañada de altos hornos y de electricidad.

Durante el siglo XIX en Iberoamérica [escribe Yamandú Acosta], el utopismo socialista no alcanzó niveles de hegemonía, en los términos de gobierno efectivo de la realidad, en que lo hicieron el liberalismo y el conservadurismo generalmente confrontados, a veces coyunturalmente aliados en ocasiones doctrinariamente interpenetrados o fusionados¹⁰.

⁹ Ibidem, p. 338.

¹⁰ Yamandú Acosta, "El liberalismo. Las ideologías constituyentes. El conflicto entre liberales y conservadores", en Arturo Roig, *op. cit.*, p. 343.

Las matrices culturales de estos movimientos ideológicos se contraponen, por lo tanto encuentran su sentido en un principio argumentativo originario que los compenetra. El liberalismo inglés formulado doctrinariamente en el siglo XVIII por Adam Smith, considera el conflicto como una prerrogativa de los seres vivos que lo subliman en el mercado, manejado por una mano invisible para evitar que el atropello de unos reduzca a otros al estadio de pura y simple supervivencia. La teoría prevé que los menos aptos para la confrontación deban someterse necesariamente a la hegemonía de los más precavidos y aguerridos intelectual y prácticamente; sin embargo, no deberán perder los recursos necesarios para enfrentar otra prueba, posiblemente beneficiosa. El liberalismo registra la realidad tal como se presenta en el metabolismo natural, siendo cauteloso respecto del aspecto menos edificante del *homo homini lupus* de Thomas Hobbes. El liberalismo sostiene que el mercado es el foro en el que se verifican los recursos de los seres vivos, pero no el tribunal de sus poderes, que siguen siendo políticos (es decir, artificiales, codificados por las tradiciones religiosas, por las creencias y por las conveniencias). El socialismo considera al mercado el desafío menos edificante de la confrontación humana y sostiene que la propiedad colectiva de los medios de producción reduce las causas del conflicto social y cuestiona la eficacia del Estado, por considerarlo el gestor de los negocios de la burguesía, comprometida en su mismo enriquecimiento y en sofisticar la existencia convirtiéndola en los objetos en serie.

Es especialmente significativo para el liberalismo iberoamericano decimonónico que la palabra "liberal" como adjetivación de una posición política, haya tenido su nacimiento en las Cortes de Cádiz en 1811, en el marco del ciclo revolucionario español, contexto en el que liberalismo se contrapuso inequívocamente a absolutismo, y los liberales fueron partidarios de "las libertades"¹¹.

La ruptura con el orden colonial, además de contrastar la burocratización de la empresa expansiva de los Estados hegemónicos durante los siglos XVIII y XIX, no se concilia con la Revolución Industrial. Aunque la industria necesite materia prima para consolidarse y sofisticarse, su radio de acción depende de las áreas económicas, dentro de las que puede introducirse objetivamente.

El mercado de la época colonial no permite un amplio giro de negocios porque el poder adquisitivo está numéricamente condicionado por los países llamados eufemísticamente Tercer Mundo. El mismo liberalismo libertario releva las contradicciones intrínsecas al capitalismo: la necesidad de autoabastecerse de materias primas baratas, de sostener el precio de los productos sin aumentar el costo del trabajo y de asegurar una forma de paz social en los ámbitos, cada vez más amplios, en los que el modelo de desarrollo intercepta continuamente las instancias emancipadoras de los sujetos obligados a "cosificarse", a reducirse a mercancía con tal de enfrentar los vaivenes económicos y financieros de la tecnologización del aparato productivo y del sistema distributivo. La doctrina del libre cambio favorece a los países económicamente hegemónicos, que transforman el colonialismo tradicional en neocolonialismo, caracterizado por la complicidad de los países neocolonizados, gobernados por élites extranjerizantes y a veces corruptas. *Mi África* de Karen Blixen muestra un

¹¹ Ibidem, p. 344.

escenario de dramáticas convulsiones sentimentales que van desde quien es consciente de las iniquidades llevadas a cabo en nombre del progreso hasta quien reconoce abiertamente formar parte de ellas orillado por el anhelo de riqueza y de dominio justificándose en una causa.

La contienda entre centralistas y federalistas desplaza la evaluación social del ámbito económico al político, borrando uno de los puntos clave de la estrategia modernizante. Aunque los países latinoamericanos se empeñen en contener los efectos degradantes del neofeudalismo, su herencia se impone en el planteamiento político. La división del territorio, que desilusiona a Bolívar, no produce ningún resultado concreto respecto de las colectividades marginadas, cada vez más, de la toma y puesta en práctica de decisiones e incapaz de responder a los desafíos de la internacionalización y la multinacionalización (antes de la globalización) del mercado. Paradójicamente, el liberalismo latinoamericano practicado por los grupos modernizantes de la clase media que se identifican con los propietarios agrícolas es urbano, propenso a la introducción de la instrumentación necesaria para transformar la economía industrial. En la época contemporánea, los liberales corren el riesgo de aceptar la transformación de la economía agraria en economía de servicios que, en apariencia y superficialmente, une a los países entre sí, sin perjudicar las diversidades de fondo (estructurales), registradas por el Fondo Monetario Internacional y por el Banco Mundial: bajo el perfil económico la dualidad campo-ciudad se inclina por el campo, mientras que bajo el perfil social, se inclina por la ciudad. La urbanización bajo la consigna de la alfabetización y de la sociabilidad confiere a las expectativas milenaristas del campo una característica concreta y perecedera. Mientras que el campo parece sostener concepciones relacionadas con la permanencia y con la persistencia de las cosas, la ciudad, al contrario, propicia el cambio. "Quien había soñado con la democracia se había transformado en un liberal conservador, al colocar a la autoridad al mismo nivel que la virtud cívica, tan próximo a Bagehot como a Tocqueville"¹². La tentación del despotismo es como la enfermedad liberal. Cuando falta la sintonización de los individuos para alcanzar un resultado de relevancia colectiva, el sentido común trata de alcanzar acuerdos de dimensiones reducidas, mientras que la conciencia instintiva puede sugerir la mano fuerte, el recurso a la afirmación expresiva y el escarnio de toda forma de complementariedad organizativa. El tirano es una figura legendaria que inhibe a los desheredados y estimula la fantasía de los desechados.

Para Alberdi la política autoritaria era deseable en cuanto favorecía la activación económica, la que significaba progreso, que, en última instancia, era sinónimo de libertad. Su expediente ideológico no era conservador, pues no se ataba al pasado, aunque las cautelas con la eventual marea democrática en el marco de una apuesta a la modernidad y al progreso permiten caracterizarlo como liberal-conservador¹³.

El bienestar económico condiciona las elecciones políticas y las conforma como instrumentos de movilización más que como criterios de orientación ideológica y conceptual. La secularización de la sociedad influye en las relaciones entre Estado

¹² Ibidem, p. 350.

¹³ Ibidem, p. 352.

e Iglesia de manera tal que satisface las exigencias de identificación que el restablecimiento de la autonomía en la toma de decisiones pone a discusión.

Especialmente, si los intereses son los que reúnen y reparan a los agentes sociales, ello explica tanto la oposición entre liberales y conservadores como su objetiva alianza en la definición de estados liberal-oligárquicos, frente a los impulsos liberal-democráticos que buscaban hacer lugar en el escenario político a las inmensas mayorías iberoamericanas¹⁴.

La contradicción ideológica de las dos corrientes liberales se resuelve en la estrategia utilizada para superar los condicionamientos feudales y para contener las tendencias localistas, separatistas, individualistas, consideradas nefastas para el ulterior refuerzo de la conducta nacional y de su función en el concierto internacional.

La inestabilidad social es consiguiente al proceso de consolidación de los gobiernos autoritarios que, mimetizando las soluciones ideológicas europeas, se ofrecen como garantía de un nacionalismo radical. La sacralidad del Estado es el efecto protector, asumido por las repúblicas latinoamericanas en la época del resurgimiento europeo. Los movimientos europeos de independencia nacional permiten a las repúblicas de cultura ibérica del Nuevo Mundo asumir el papel de refugio de la acción persecutoria llevada a cabo por los decadentes imperios centrales. A la inmigración de la necesidad y de la supervivencia le sigue, desde finales del siglo XIX y comienzos del XX, la inmigración política: los socialistas, los anarquistas, los apátridas de la Europa danubiana, continental y mediterránea son acogidos en aquellos contextos culturales, considerados emotivamente propensos a las sublevaciones modernistas, a las reivindicaciones democráticas. La literatura que concierne a esta nueva ola de cosmopolitas involuntarios, está saturada de preguntas, invadida con la desazón de la evocación fluvial. La demora del inmigrado – parafraseando a Theodor Adorno – es la escritura. La cultura del lugar de llegada se convierte en la evocación de los lugares abandonados o jamás alcanzados, que la estabilidad – la extrema fijeza de la dictadura – hace comprensible. El viaje alegórico es posible dentro de un espacio cerrado cuyas rendijas dejan entrever a menudo la barbarie, según la expresión de Sarmiento, defensor de la civilización (del acuerdo entre los grupos, clases, individuos de distinta extracción y de distinta propensión en el gran juego del mundo).

La explosión [sostienen Álvaro Fernández Bravo y Florencia Garramuño] de los fenómenos migratorios durante el siglo XX tuvo al Estado como un agente clave, dado que es el Estado el que concede o despoja de su ciudadanía a los sujetos migrantes. En este sentido, habría que invertir los términos y comprender, como dice Hannah Arendt, la fuga de la ciudadanía como un acto de supervivencia: no tanto un movimiento hacia un destino necesariamente mejor – una transculturación exitosa y conciliadora – sino como el exilio de un escenario amenazador¹⁵.

En el registro evocativo y expresivo del inmigrante la supervivencia asume un relieve particular puesto que se convierte en una incitación a la fuga de todo ulterior condicionamiento de orden moral. Algunos inmigrantes se obstinan en disfrazarse

¹⁴ Ibidem, p. 359.

¹⁵ Álvaro Fernández Bravo y Florencia Garramuño, "Identidades escindidas", en Florencia Garramuño y Saúl Sosnowski (eds.), *Sujetos en tránsito: (in)migración, exilio y diáspora en la cultura latinoamericana*, Buenos Aires, Alianza, 2003, p. 14.

como las máscaras de los personajes populares de la región que los acoge, en la que se instalaron con el propósito de intervenir con astucia y determinación. Las circunstancias ofrecen la oportunidad a los inmigrantes para mostrar la similitud de emociones y razones. Y lo que logran es dirigir las depresiones y los entusiasmos según una cadencia ajena a la dialéctica política, lo ecuménico aumenta el efecto dramático sobre su interrupción. El escenario político propuesto para hacerse cargo del futuro (de la fortuna) de los países – en los que atracan como si llegaran de un naufragio – es seguir el camino del cómitre del tirano, que utiliza las reglas del juego (legal), impuestas por la tradición, para exaltar las incontrovertibles idiosincrasias del desechado.

Posteriormente la emigración es dramáticamente exagerada por quienes están exentos pero asumen las causas. En efecto, la emigración es una aventura que choca con los obstáculos del sedentarismo: el huésped, más o menos apreciado, amenaza el universo de los habitantes locales. En la reconstrucción de los viajes, la emigración atribuye una consistencia no necesariamente privada de la curiosidad inicial. Las causas que determinan la emigración son aditivos espásticos de la aventura, programada como saludable, como salvadora. El viaje de Ulises es una emigración de un lugar desconocido a una playa canicular, de llamados incestuosos a sonidos familiares. El fin de la peregrinación coincide con la debilidad y las sórdidas costumbres locales de aquellos que inmovilizados por el entorpecimiento y por el bienestar, terminan exaltando el reino de las poblaciones desconocidas o no homologadas todavía por el sentido común. El trauma de la inmigración se hace en la búsqueda de una coartada que justifique la bajeza moral a la que, a veces, son inducidos los inmigrantes, empujados por el instinto despiadado de la supervivencia. El estado-nación declina la elaboración mental de un lugar de transición por parte de los inmigrantes por ser una categoría artificial, literaria. La fuga del lugar de la degradación no puede devenir el lugar de la evocación, porque en el primero tiene origen el viaje de la esperanza y de la regeneración. La evocación, en apariencia celebración del pasado, es un exorcismo de los males presentes, una especie de acto de acusación respecto del lugar de llegada, que se muestra menos acogedor de lo imaginado. El inmigrante es un involuntario enviado especial de la Providencia que no cede al riesgo de entusiasmarse por un hecho del que no se siente partícipe.

La nostalgia destiñe los colores y los significados del presente manifiesto para acompañarlo con las insolvencias ya soportadas (en el pasado más o menos reciente). Según Edward Said, el exilio se opone al nacionalismo. Si el apátrida no estuviera seguro de poder ser acogido por el Estado y amparado por sus leyes y costumbres, perdería el vigor con el que se muestra al mundo. Lo peligroso del extranjero es un auténtico *vitadol da urto* para el nacionalista. Independientemente de la concepción de Carl Schmitt, sobre el desafío del enemigo interno y externo (ambos casi siempre imaginarios), la posibilidad de enfrentar una tentativa de recrudescimiento dialéctico, o hasta de trasgresión normativa, por parte de un ordenamiento institucional es considerada positivamente y sirve para reforzar las defensas inmunológicas y garantizar un desarrollo más ordenado de los sistemas participativos.

En efecto, el éxodo de las guerras mundiales tuvo a las ciudades latinoamericanas como uno de los destinos privilegiados. Roger Caillois y Witold Gombrowicz,

como antes Juan Mauricio Rugendas, Alberto Gerchunoff o José Mármol en Río de Janeiro, las eligieron como refugio. Esa fuga de la sujeción de la identidad debería ser leída como un rechazo del origen, convertido en un espacio que se quiere abandonar¹⁶.

La metrópolis moderna no registra ninguna reacción del punto de vista de la identidad dado que es ya el escenario de un microcosmos multiétnico y plurilingüístico. La emigración es el componente orgiástico del antipeligro. El éxodo de poblaciones marginadas de los beneficios sociales elementales promueve una sublevación sentimental, sobre todo en los lugares dotados de todas las comodidades modernas, como la instrucción, la sanidad, el trabajo, la pensión y la libre determinación individual.

Una vertiente demográfica de la historia americana [escribe Saúl Sosnowski] se centraría en el movimiento de poblaciones y su impacto sobre las comunidades locales, a su vez en constante transformación por ese mismo proceso. El punto de partida más evidente se da a partir de la incorporación de este hemisferio a la historia europea y el choque que produjo con las comunidades originarias de estas tierras; el sistemático traslado de esclavos africanos; el arribo mesurado, o en oleadas, de inmigrantes de diversas regiones de Europa y, posteriormente, de Asia¹⁷.

La transcontinentalidad de la inmigración moderna y contemporánea ha reforzado, ideal e ideológicamente, las relaciones humanas ya existentes. La congruencia económica, política y social de las revueltas europeas y la reacción americana contribuyen a delinear aquel hemisferio unitario de la acción civil en que consiste la globalización.

Hacer la América fue la consigna de una ilusión que llegaba en barco; sin consigna pero con análogas esperanzas, sigue llevando a residentes de estas tierras hacia centros que prometen fuentes de trabajo o, tan siquiera, una supervivencia cotidiana¹⁸.

Al cinismo y a la impureza de algunos corresponde la solidaridad de muchos. A las asociaciones con nombres como "Unión y benevolencia" se agregan los círculos culturales, las escuelas privadas para niñas y los institutos de especialización profesional para mujeres, que tienen la ambición del rescate social. El club y el partido son, en la actualidad, los puntos neurálgicos del sistema participativo y operativo americano. La exclusión social contemporánea puede compararse con un viaje hacia atrás en el tiempo, sin nostalgia, dado que es un sentimiento, capaz de hacer perentorio el sometimiento y la decadencia. Recurrir a paraísos imaginarios es un viaje falso, un viaje *in falsetto*, que puede interrumpirse de improviso, como la caída del hacha sobre la cabeza de un condenado.

¹⁶ Ibidem, p. 19.

¹⁷ Saúl Sosnowski, "Pensar país/imaginar región", en Florencia Garramuño y Saúl Sosnowski (eds.), *op. cit.*, p. 334.

¹⁸ Ibidem, p. 335. La iconografía permite algunas veces evidenciar la relación existente entre los modelos ideales y las experiencias individuales. Véase, Inmaculada Rodríguez Moya, *El retrato en México: 1781-1867. Héroes, ciudadanos y emperadores para una nueva nación*, Sevilla, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2006.